

dernas como del hombre. ¡Ya se vé ese orgullo satánico les ha dicho: «Vosotros sois como dioses,» vosotros todo lo sabéis, todo lo podeis ¿para qué la esperanza de los bienes futuros cuando os bastais á vosotros mismos para obtener los bienes que podeis apeteer sobre la tierra, y con ellos la felicidad que anhelais? Esta altanera inspiracion ha sido acogida con entusiasmo. Ya no se cuenta con Dios para nada; no hay por lo tanto necesidad de la oracion para pedirle mercedes.

Ya comprendereis que esta rebelion insensata no puede admitirse, porque nos arrastra á la deificacion de nosotros mismos, y destruye completamente toda esperanza. Necesario es reconocer nuestra dependencia absoluta de Dios, y la vanidad de nuestros proyectos, y la insuficiencia de nuestras fuerzas, y la nada de nuestras alegrías. En este caso pidamos al Señor nos conceda su santa y consoladora esperanza; y no pudiendo existir esta sino cimentada en el auxilio divino, á proporcion que recibamos este, crecerá en nosotros esa virtud celestial en fuerza de nuestras continuas oraciones. Por esto S. Agustin nos repite á todos y á cada uno de nosotros estas hermosas palabras: «Pon siempre en Dios tu esperanza, y en cualquiera cosa que te ocurra, ora sea buena, ora mala; ya para que hagas el bien que debes practicar, ya el mal de que debes huir, di siempre á Dios con todo tu corazon, y con una intencion pura y sincera: Oh Dios, atiende á mi socorro; Señor, apresurate para ayudarme:» *Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina.* ¡Ah! ¡cómo se acrecentará entonces la esperanza en nuestro corazon, y que adelantos tan rápidos y señalados haremos en nuestra vida moral, intelectual y social! «Orad, pues, y orad sin cesar» porque la oracion os atraerá la esperanza, y la esperanza os dará con la oracion un medio eficaz de progresar en el bien: *sine intermissione orate.* Mirad que «el que no ora asiduamente esta muerto,» ha dicho S. Juan

Crisóstomo: *quisquis non orat assidue is mortuus est;* y si estamos muertos para el bien ¿cómo progresar en su adquisicion y aprovechamiento?

Además de la oracion nos presta la esperanza la santa virtud de la paciencia como medio para nuestros adelantos espirituales y aun temporales. El apóstol S. Pablo, escribiendo á los romanos, les decia estas palabras que no debemos olvidar: «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion engendra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba obra esperanza, y la esperanza no trae confusion:» *spes autem non confundit.* Ahora bien; los que no tienen otro apoyo para conseguir la dicha porque suspiran que la palabra ó el poder de los hombres ¡cuántas veces ven burladas las esperanzas que en ellos concibieron! De aquí esas inquietudes que los agitan continuamente; esas penosas vacilaciones, esos amargos desengaños que laceran hondamente el corazon, y que vienen á aumentar los dolores y los sufrimientos de su triste situacion. Empero cuando, al través de estos sinsabores tan frecuentes en la carrera de la vida, la esperanza cristiana, que está fundada en la bondad y en las promesas de Dios, viene á posarse en nuestro corazon, ella no trae confusion, no deja frustrados nuestros deseos: *spes autem non confundit;* y no trae confusion «porque, como dice ese mismo apóstol, la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espiritu Santo que se nos ha dado;» entonces nos gloriamos en las tribulaciones, y este es el fruto riquísimo de la esperanza; porque aquel que con vehemencia espera algo, lo sufre gustosamente por mas difícil y amargo que sea lo que sufre; y he aquí por qué nos gloriamos en las tribulaciones con santa paciencia, porque por ellas, apoyados en la esperanza, hemos de entrar en el reino de los cielos. Así dice un sábio expositor, que «al filosofo le basta ser paciente en las adversidades; sufrirlas con amor es propio del cristiano; pero gozarse y gloriarse en las



tribulaciones es una gracia apostólica: *in tribulationibus vero gaudere et gloriari gratia apostolica est*; estas se miran como el germen de los bienes eternos; mas en los amadores del mundo y de la vida presente que no tienen esperanza, producen impaciencias, tristeza y desesperacion:» *in mundi vero hujus et vitæ presentis amatoribus impatientiam, mærorem, desperationem parit.*

La esperanza, por último, inspira otro medio para el progreso de la humanidad, de que venimos ocupándonos, y es la invocacion de la Santísima Virgen María. ¡Ah! y qué sublime y eficaz es este medio para alentarnos en la carrera de la virtud, y por él conquistar el cielo que la esperanza nos señala en los caminos diversos de la vida! Angel purísimo de bondad María se nos ofrece en todas las situaciones de la vida, ora prósperas, ora adversas, como «Madre del amor hermoso y de la santa esperanza:» *Mater pulchræ dilectionis, et sanctæ spei.* ¿Y os parece poco, A. H., contar con el patrocinio de la mejor, y mas santa, y mas poderosa de todas las madres? Pues porque tiene este carácter para ampararnos en la soledad del destierro, y socorrernos en nuestras necesidades, y protegernos contra todos nuestros enemigos, la Iglesia la invoca, y nos enseña á invocarla, con esta plegaria que no puede sustituirse por otra cualquiera: «Dios te salve, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve:» *salve, Mater misericordiæ; spes nostra, salve.*

Dichosa esperanza, A. H. M., que, viviendo entre nosotros en los penosos dias de nuestra peregrinacion sobre la tierra, influye tan poderosamente en nuestro eterno destino, porque contiene en si la idea del progreso de la humanidad; toda vez que su objeto es la bienaventuranza celestial que aguardamos y la gracia divina que nos santifica; ella se estiende á todos los cristianos, en todas las situaciones de la vida, y sus motivos son tan nobles y ciertos, como que se

fundan en la bondad, en la sabiduria y en el poder de Dios. A la vez la esperanza nos da los medios para lograr los adelantos en la vida del espíritu; inspirándonos la oracion la paciencia y la invocacion sincera de la Santísima María Madre de esta virtud teologal y modelo perfectísimo de ella para que la imitemos religiosamente: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Si buscáis pues verdaderos consuelos y santas enseñanzas durante nuestro paso por esta tierra sembrada de espinas, oscurecida por las tinieblas del error, y rodeada de temibles escollos, pedid al cielo, A. M., la virtud de la esperanza; y para alentarnos en las vicisitudes incesantes del destierro, repetid estas palabras del santo Rey David: «¿Por qué estás triste, alma mia, y por qué me conturbas produciéndome dolores sin cuento? Espera firmemente en Dios y recibirás consolacion, porque aun le tengo de alabar, y he de celebrar la salud y libertad que me concederá para que vaya á adorarle en su santo tabernáculo.» Entonces vuestra esperanza os librará de los horrores de la desesperacion, enemiga implacable de esta virtud; y con el temor santo de Dios, que debe acompañar á esta, no degenerará en presuncion no menos enemiga de la esperanza. Para no declinar en fin ni al exceso ni al defecto de esta virtud, copiadla exactamente de nuestra Madre Santísima María; seguid sus pasos en esta como en las demás virtudes, que son la fragancia delicada, el olor suavísimo de sus unguentos, hasta que evacuada esta virtud por la vista de Dios en el cielo, le alabemos todos en compañía de esta escelsa Señora por los siglos de los siglos. Amen.